

Juan Miguel Araya Corraliza

Facultad de Humanidades

Universidad de Huelva

ORCID: 0009-0004-4531-2443

juanmiguel.araya@alu.uhu.es

La dimensión devota del *Viaje a Oriente* de fray Diego de Mérida: «Itinerarium ad Loca Sancta»

The devotional dimension of Brother Diego de Mérida's *Journey to the East*: «Itinerarium ad Loca Sancta»

Resumen: Fray Diego de Mérida embarcó en 1507 en la ciudad de Venecia con el firme propósito de peregrinar a Tierra Santa y concluyó su periplo, o al menos su narración, en 1512 en la isla de Creta. El viaje nos ha acompañado a lo largo de nuestra historia, donde se nos ha mostrado como algo íntimamente ligado al perfeccionamiento del espíritu que une al hombre, incluso en su búsqueda, con Dios. En el ámbito cristiano encontramos este afán de mejora en las Sagradas Escrituras, vinculado con distintas figuras bíblicas de enorme importancia simbólica, en tanto que son presentadas como peregrinos de la vida que buscan perfeccionar su unidad con Dios. Esta dimensión no se limitaba a las personas, ya que la geografía también jugaba su papel en las peregrinaciones, dada la importancia que el santuario tenía como destino. Los lugares que habían sido testigos de la presencia divina se erigían como foco de atracción para los peregrinos, deseosos de impregnarse de dicha divinidad.

Palabras clave: peregrinación, Tierra Santa, libros de viaje, reliquias, fray Diego de Mérida.

Abstract: In 1507, Fray Diego de Mérida embarked in Venice with the firm intention of making a pilgrimage to the Holy Land and concluded his journey – or at least his narrative – in 1512 on the island of Crete. The journey has accompanied us throughout our history, where it has been shown to us as something intimately linked to perfecting the spirit that unites humankind, even in its quest with God. In the Christian sphere, this desire for improvement in the Holy Scriptures is linked to various biblical figures of enormous symbolic importance as they are presented as pilgrims of life who seek to perfect their unity with God. This dimension was not limited to individuals, as geography also played a role in pilgrimages, given the shrine's importance as a destination. Places that had witnessed the divine presence were a focus of attraction for pilgrims eager to be imbued with that divinity.

Keywords: pilgrimage, Holy Land, travel books, relics, Brother Diego de Mérida.

La mayor parte de los datos que conocemos sobre fray Diego de Mérida proceden de su obra, y pocos más son los que nos han llegado, más allá del de su muerte, cuya noticia recoge con laconismo Germán Rubio: «Fray Diego de Mérida, muerto en 1518; que, habiendo visitado la Tierra Santa, escribió un tratado sobre ella»¹. A partir de este texto, cabe suponer que fuera natural de Mérida, la ciudad que acompañaba a su nombre de fraile y que habría adoptado, como era común, cuando profesó en la Orden de San Jerónimo. Para cuando afrontó su viaje a Tierra Santa, fray Diego pertenecía a la comunidad del monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe. La orden jerónima se había hecho cargo en 1389 de la gestión del mismo, cuando Juan Serrano delegó sus funciones de prior en fray Fernando Yáñez de Figueroa, del que «vimos lo mucho que en el edificio material y espiritual de aquel santuario trabajó con manos, ingenio, exemplo»². De este modo, los jerónimos rigieron el monasterio de Guadalupe durante cuatrocientos sesenta y tres años, alcanzando un notable éxito, que se vio además favorecido por sus buenas relaciones con los Reyes Católicos, habituales invitados de la hospedería real, así como con otros poderosos señores que los favorecieron y contribuyeron a su fama, que también conoció la época de fray Diego:

En vida de Doña Teresa Enríquez (1450?-1529), hallábase el Monasterio de Guadalupe en el período quizás más glorioso de su historia: munificentísimamente favorecido por D. Juan II, Enrique IV, y, sobre todo, por los Reyes Católicos, Don Fernando y Doña Isabel, «de grande e gloriosa memoria» que dice el Libro de *Actas Capitulares* del Monasterio, y su nieto Carlos V que imitó en este punto la generosidad de sus abuelos. Aparte de esto, toda la nobleza española tiene su recuerdo en este célebre Santuario³.

En ese contexto guadalupense es donde cobra sentido pleno el *Viaje a Oriente*, que ha de entenderse como una misiva que fray Diego envió a sus hermanos por medio de Marcos Salvadó, mercader gaditano, y que iba acompañada de reliquias y otros recuerdos que servirían para ilustrar sus impresiones⁴. Comenzaba, pues, su viaje en los turbulentos tiempos de Juana I de Castilla, apoyada en la regencia de su padre, lo que sitúa el inicio de la empresa incluso antes del dominio otomano en Palestina, que comenzaría en 1516, cuando tras la batalla de Alepo los otomanos derrotaron a los mamelucos. Con ello, los ejércitos de Selim tomaron el control de la región de Siria y comenzaría la conquista de Egipto, «donde determinó dexar por gobernador a Cayarbeyo en satisfacción de la trayción hecha en la batalla de Alepo contra el Soldán

¹ G. Rubio Cebrián, *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe, o sea: apuntes históricos sobre el origen, desarrollo y vicisitudes del Santuario y Santa Casa de Guadalupe*, Barcelona 1926, p. 279.

² J. de Sigüenza, *Historia de la orden de San Jerónimo*, vol. 2, libro cuarto, Madrid 1907, p. 167.

³ C. G. Villacampa, *Grandezas de Guadalupe. Estudios sobre la historia y las bellas artes del gran monasterio extremeño*, Madrid 1924.

⁴ S. García, «Fray Diego de Mérida: un viajero español al oriente del siglo XVI», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, año 4, 1968, p. 120.

su señor»⁵. Sin embargo, a lo largo del texto fray Diego hace referencia a la presencia de turcos, especialmente mercaderes, en El Cairo y Alejandría, así como menciona las tensiones entre Rodas y el Imperio otomano. Ese conflicto llegó a su punto culminante con el sitio de 1522, que sirvió para poner fin a la presencia de las órdenes militares en la isla y de este modo controlar el Mediterráneo, asegurando la conexión entre Constantinopla, El Cairo y el Levante⁶.

A esta primera etapa del viaje, desde Venecia a Chipre, dedicó fray Diego los dos primeros capítulos de su carta, pasando de puntillas por la etapa veneciana. Ya en ese momento podemos ver que es poseedor de un notable ingenio, que le permitió valerse de sus contactos para viajar a Chipre acompañando al embajador del Sultán, Taghribirdi, con quien se reencontró posteriormente en Egipto. Conviene recordar que, a pesar de las hostilidades, existían relaciones comerciales entre Venecia y los turcos, pues no dejaban de ser dos potencias marítimas que chocaban en las islas del Egeo, Peloponeso y Chipre, aunque también compartían intereses económicos⁷. Además, no hizo el viaje con las manos vacías, ya que desembarcó en Nicosia con una carta de recomendación que le aseguró comida y techo en la casa del sobrino del prior de Chipre, que no era otro que el superior de la Orden de San Juan de Jerusalén, que se había establecido en la isla tras la caída de San Juan de Acre en 1291⁸. Por las fechas podemos conjeturar quién podría ser el autor de dicha carta de recomendación: en 1507 el gran maestre de la orden era Emery d'Amboise, perteneciente a una noble familia francesa, y que ejerció su priorazgo desde 1503 a 1512⁹.

Es de vital importancia hacer referencia a la presencia de la orden en Chipre, que tras la autorización de Andrónico II Paleólogo se asentó en la isla y reconquistó los últimos núcleos de resistencia sarracena constituyéndose en un pequeño Estado sustentado en su poderío naval, al tiempo que salvaguardaba Chipre, esencial punto de encuentro entre las rutas de Occidente y de Oriente. Demuestra fray Diego, al no comentar nada sobre Venecia ni sobre el trayecto marino por el Adriático, el Jónico y el Egeo, que su particular interés es narrar a sus hermanos exclusivamente los pormenores de la Tierra Santa más que componer un libro de viajes al uso. Cuando comparamos esta omisión con otros testimonios de la época que sí dan cuenta de las penurias que implicaban navegar por el Mediterráneo, podremos extraer la conclusión de que fray

⁵ J. Ochoa de la Salde, *Primera parte de la Carolea Inchiridion, que trata de la Vida y Hechos del Invictísimo Emperador Don Carlos Quinto de este Nombre, y de muchas notables cosas en ella sucedidas hasta el Año de 1555*, Lisboa 1585, p. 97.

⁶ M. Fuertes de Gilbert Rojo, «La religión de San Juan: de la pérdida de Rodas al asentamiento en Malta (1522-1530)», en: *La Orden de Malta en España (1113-2013)*, vol. 1, eds. J. Alvarado Planas y J. de Salazar Acha, Madrid 2015, pp. 329-351.

⁷ E. Menéndez Pérez, *Las rutas de la sal*, La Coruña 2008, p. 169.

⁸ J. Riley-Smith, *Knights of St. John in Jerusalem and Cyprus*, Londres 1967.

⁹ C. Savona-Ventura, *Biographies : Ordo Sancti Lazari Hierusalem. Grand Maîtres, Protecteurs & Administrateurs*, San Gwann 2016, p. 57.

Diego de Mérida consagró la narración de su peregrinación a la dimensión más religiosa, al contrario de otros viajes de carácter mundano o promocional¹⁰.

Un ejemplar de este viaje a Oriente de Diego de Mérida se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid¹¹. Si bien, el primero en afrontar su edición fue Antonio Rodríguez-Moñino, quien decidió rescatar del olvido la obra de fray Diego en el número de la revista *Analecta Sacra Tarraconensia* correspondiente al año 1945¹². Para nuestras citas posteriores nos hemos servido de esta versión.

«Itinerarium ad Loca Sancta»

El viaje es el rito que rompe con la cotidianidad y que lanza al individuo hacia la inseguridad de lo desconocido, la aventura de llegar a tierras extrañas que nos revelan nuevas costumbres, idiomas y paisajes. Al mismo tiempo el viaje representa una conquista, la del deseo¹³, ya que invita a conocer aquellos lugares que se han imaginado o sobre los que se ha leído. También hay espacio para la reflexión y el conocimiento de uno mismo, cuyo resultado final conduce a la alteridad, aportada por el viaje al viajero. La peregrinación representa la búsqueda espiritual del viajero que busca iniciarse en lo trascendente y transformarse, siguiendo el ejemplo de las Sagradas Escrituras para encontrar a Dios, pues en ellas se muestra a Abraham como el primer caminante: «Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia, y salió sin saber a dónde iba» (Hebreos, 11:8).

Más allá del viaje en general, la peregrinación presenta una motivación clara y persigue un fin concreto, por lo que el peregrino es un viajero consciente y voluntario que al mismo tiempo que realiza un viaje externo, destinado a encontrar lo sobrenatural en un lugar físico, emprende también un viaje interno que responde a la devoción. Cada etapa está consagrada a una hierofanía previamente señalada en los itinerarios. La recompensa por tan arduo sacrificio es, pues, de naturaleza redentora: la expiación de los pecados, mediante indulgencia plenaria, y la sanación espiritual o corporal. De entre todas las prácticas piadosas mediante las cuales el hombre buscaba exaltar su relación con Dios durante

¹⁰ *Imagen del mundo. Seis estudios sobre la literatura de viajes*, ed. E. Navarro Domínguez, Huelva 2014, p. 12.

¹¹ D. de Mérida, *Tratado Muy devoto del viaje e misterios de la Tierra Santa de Jerusalén e del Monte Sinay, Según lo Recuentan dos Religiosos sacerdotes Dela Orden del Glorioso Maestro y doctor dela yglesia Padre san Gerónimo, Professos desta Santa Cassa e monesterio de nra. S.^a Santa María de Guadalupe. En el qual se contienen muchas cossas de gran devoción para Consolación de las Ánimas Devotas*. BNE, mss. 10 883.

¹² A. Rodríguez-Moñino, «Viaje a Oriente de Fray Diego de Mérida», *Analecta Sacra Tarraconensia. Revista de ciènces historicoeclesiàstiques*, núm. 18, 1945, pp. 115-187.

¹³ S. González Rodríguez y M. Smith, «El viaje... una metáfora de la alteridad», en: *III Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G., Temuco 1998*, p. 477.

la Edad Media, la peregrinación ocupaba un lugar determinante y decisivo. En general, podemos entenderla como el viaje, tanto individual como colectivo, iniciado con el propósito de visitar un lugar santo, dotado de la gracia y protección divina al haber sido escenario de un hecho en concreto. De este modo, dicho viaje persigue varios objetivos que no son excluyentes y se concretan, por un lado, en la visita de los Santos Lugares y, por otro, en el culto a las reliquias¹⁴. El peregrino, a medida que visitaba los escenarios milagrosos y contenedores de aquellos preciados objetos, ocupaba los espacios sagrados escogidos por la presencia divina para manifestarse¹⁵, dotando así a su viaje de una dimensión religiosa que, al mismo tiempo, ejercía de garante para la difusión propagandística de la institución religiosa.

La peregrinación está presente en casi todas las religiones. En el ámbito cristiano, hemos de referirnos al Edicto de Milán del año 313 que, bajo el liderazgo del emperador Constantino I el Grande y Licinio, emperador romano de Oriente, estableció la libertad religiosa en el Imperio romano, favoreciendo de este modo la expansión del culto cristiano¹⁶. El texto establecía lo siguiente:

Habiendo advertido hace ya mucho tiempo que no debe ser cohibida la libertad de religión, sino que ha de permitirse al arbitrio y libertad de cada cual se ejercite en las cosas divinas conforme al parecer de su alma, hemos sancionado que, tanto todos los demás, cuanto los cristianos, conserven la fe y observancia de su secta y religión... que a los cristianos y a todos los demás se conceda libre facultad de seguir la religión que a bien tengan; a fin de que quienquiera que fuere el numen divino y celestial pueda ser propicio a nosotros y a todos los que viven bajo nuestro imperio. Así, pues, hemos promulgado con saludable y rectísimo criterio esta nuestra voluntad, para que a ninguno se niegue en absoluto la licencia de seguir o elegir la observancia y religión cristiana. Antes bien sea lícito a cada uno dedicar su alma a aquella religión que estimare conveniente¹⁷.

Para el cristianismo de la época, era una llamada a buscar las huellas de Jesús y sus discípulos, siguiendo así el ejemplo de padres de la Iglesia como Orígenes o san Jerónimo, cuya peregrinación animó a los demás peregrinos a viajar en busca de los enclaves relacionados con el ministerio de Jesús. Veinte años después del edicto, en el 333, surge el considerado primer itinerario cristiano de peregrinación a Tierra Santa, el *Itinerarium Burdigalense*, de autor anónimo, y que inauguró no solo una larga tradición de viajes, sino también una metodología o esquema que se encargaba de anotar los lugares que se visitaron

¹⁴ M. L. Martín Ansón, «Importancia de las reliquias y tipología de relicarios en el Camino de Santiago en España», *Anales de la Historia del Arte. Homenaje al Prof. Dr. D. José María de Azcárate*, núm. 4, 1993-1994, p. 793.

¹⁵ A. Vauchez, *La espiritualidad del Occidente medieval (siglos VIII-XII)*, trad. P. Iradiel, Madrid 1985, p. 122.

¹⁶ *Urbs Beata Hierusalem. Los viajes a Tierra Santa en los siglos XVI y XVII*, ed. V. de Lama de la Cruz, Madrid 2017, p. 25.

¹⁷ J. C. Rivera Quintana, *Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico*, Madrid 2009, p. 21.